

# Fragmento del artículo aparecido en el periódico *Granma* el 24 de marzo de 2000

Únicamente un panel, el que discutió el tema de los intelectuales y la democracia en Cuba, trató de manipular tendenciosamente la realidad cubana. Era de esperar por la composición de una mesa integrada totalmente por intelectuales que desde fuera de Cuba, con diversos matices, pero con una irreductible orientación, han tratado vanamente de descalificar la política cultural de la Revolución y cuestionar incluso la existencia de ésta última.

El profesor español Ignacio Sotelo pintó de gris las relaciones de los intelectuales de izquierda europeos con nuestro país, ignorando las reiteradas y recientes muestras de solidaridad con destacados escritores y artistas del Viejo Continente. El filósofo cubano radicado en México, Rafael Rojas, fiel a su discurso de muchos años, se desgastó en probar cómo un supuesto «legado nihilista pesa sobre la percepción acrítica que en muchos momentos ha tenido el intelectual cubano de la Revolución», opinión que se da de bruces con clara e inequívoca participación de la intelectualidad cubana no sólo en la formulación de la política cultural, sino del mismo proyecto social revolucionario. El mexicano Carlos Monsivais, para quien el mejor de los mundos posibles es el de hoy, repitió sus invectivas contra la Casa de las Américas y se perdió en un laberinto de imaginados distanciamientos de Cuba por parte de los intelectuales de América Latina y de su propio país.

Llegó entonces el turno a Jesús Díaz. No hace falta presentarlo. Es bien recordado tanto por los promisorios cuentos de *Los años duros* como por haber compartido hace pocos años un asiento en la avioneta de José Basulto. Pareció seguir volando junto al cabecilla de Hermanos al Rescate cuando dijo que en la Cuba de hoy «la esperanza se trocó en infierno», que «todo intento de modificar el castrismo desde dentro estaba condenado al fracaso», y al calificarse como miembro de «la generación del silencio que no fue capaz de pensar la Revolución cubana críticamente desde el comienzo».

Desde el público, de una manera vertical, diametralmente opuesto a la retórica apocalíptica que suele emplear Díaz para impresionar al auditorio, el investigador Aurelio Alonso desmontó la «lectura» que el narrador emigrado hizo de la más reciente historia intelectual cubana. No ocultó errores puntuales ni transitorias incomprensiones, pero destacó el enorme espacio de libertad, participación y creatividad de que gozan los intelectuales en la Cuba revolucionaria. «Esa generación que se alude —afirmó— no fue la del silencio, sino de la lealtad», y argumentó con pruebas irrefutables cómo el compromiso intelectual con la Revolución, muy lejos de significar servilismo, se basa en una participación real, consciente, necesariamente crítica y éticamente constructiva.

Pedro de la Hoz